

EL NARCOTRÁFICO EN ÁREA DE PENAL
REFLEXIONES SOBRE GOLES Y CARTELES DE LA DROGA EN COLOMBIA

David Leonardo Quitián Roldán¹

Resumen

Las décadas de 1980 y 1990 son el mejor periodo del fútbol colombiano en lo que respecta a su faceta internacional. Se obtuvieron entonces 7 subcampeonatos y un título de la Copa Libertadores de América; el título de la Copa América de selecciones en el 2001 y las clasificaciones a los mundiales de Italia 90, Usa 94 y Francia 98. En aquella época fue intensa, sin embargo, la asociación del fútbol con los dineros del tráfico de cocaína, en particular con los carteles de Cali y de Medellín que controlaban, a los dos grandes clubes del momento: el América y el Atlético Nacional.

Palabras Claves: Fútbol, narcotráfico, mafias, Colombia

En agosto de 2007, los cables noticiosos del mundo daban cuenta de un hecho corriente en Colombia: la aprehensión, en Brasil, de un presunto capo de la droga de nacionalidad colombiana. Sin embargo, pese a la normalidad que para los colombianos entraña, desde principios de la década del ochenta, ese tipo de información, si hubo estupefacción generalizada por la identidad del hombre atrapado por la policía secreta de Sao Paulo y por el rótulo de “capo” que se le daba; se trataba, ni más ni menos, que del autor del gol más recordado en la historia del fútbol nacional: Freddy Rincón, acusado de blanqueo de dinero y solicitado en extradición por la justicia de Panamá. La “Espiga” Rincón, con su reseña policial, pasaba de ser el héroe deportivo de la Copa Mundo Italia 90 (cuando marcó “in extremis” el gol del empate ante los alemanes) a ser un narcotraficante más de la escrupulosa lista del Departamento Estadounidense Antidrogas (DEA).

Claro que esa noticia, examinada con cuidado, no debería despertar tanta sorpresa en la opinión pública colombiana ya que tres meses antes hubo una de un talante similar: Luis Eduardo Méndez, ex presidente del primer club colombiano que ganó el título nacional, el Independiente Santa Fe, se entregó a la justicia del estado de la Florida que desestimó los cargos en los que se le imputaba la exportación de cocaína al país del norte, pero que finalmente lo condenó a pagar 70 meses de prisión por obstruir a la justicia de Estados Unidos al facilitar el escape del narcotraficante Rafael Caicedo, hoy tras las rejas en una penitenciaría norteamericana. Así mismo el corresponsal de la Agencia EFE en Bogotá informó a sus abonados, en marzo de este año, que José I. Martán, miembro del Comité Ejecutivo de la Federación Colombiana de Fútbol había sido vinculado a un proceso judicial en el que se le sindicaba de asociarse con el Cartel del Norte del Valle² en el tráfico de drogas y por ello su nombre y la razón social del equipo que presidía, el Cortuluá Fútbol Club que participa en la categoría de ascenso (la Primera B), pasó a integrar la famosa “Lista Clinton” que es el temido listado financiero que la Oficina de Control Activos Extranjeros (OFAC) confecciona con los nombres de

¹ Sociólogo de la Universidad Nacional de Colombia (UN). Docente en la Universidad Pedagógica Nacional y Universidad de los Llanos. Candidato a Magister de la Maestría de Antropología de la UN.

² Grupo narcotraficante derivada del antiguo Cartel de Cali conducido por la familia Rodríguez Orejuela.

las personas y empresas sindicadas de lavado de activos provenientes de la mafia narcotraficante.

Ante tales evidencias periodísticas que relacionan al fútbol colombiano con la exportación y comercialización ilegal de alucinógenos, realizada por bandas organizadas, aflora la siguiente pregunta: ¿son esas noticias hechos aislados del fenómeno narcotraficante o son una pequeña muestra del maridaje entre el fútbol colombiano y los carteles de la droga? Una simple mirada a la realidad nacional haría obvia la respuesta, sin embargo apliquémosle el beneficio de la duda al formular los siguientes interrogantes: ¿qué razones habría para que un deporte tan popular –y a la vez prestigioso- como el balompié hiciera alianza con el negocio de la coca? ¿Cuál es la explicación para que hombres con fortuna económica –como los ex futbolistas mencionados- se asocien con narcotraficantes? ¿Es ese, en caso de ser cierto, un fenómeno netamente colombiano? Así mismo ¿qué posibles beneficios encuentran los carteles de la droga en el fútbol? ¿Desde cuando lo tienen en la mira y/o desde cuando han entablado una íntima relación con él? ¿Qué tanto han facilitado, por acción u omisión, los políticos, los organismos de control y los potentados económicos este indebido pacto? ¿Es esto un simple show massmediático? No obstante, más allá de la crónica periodística y del dato histórico, brotan tres preguntas adicionales: ¿Cuál es la relación entre drogas, tráfico y deporte de alto rendimiento? ¿Acaso esos elementos se encuentran en la adicción y el doping? ¿Es posible que la llegada de los futbolistas al comercio de psicotrópicos se de por vía del propio consumo?... son dudas que asaltan al colombiano promedio, que no van a ser absueltas en esta ponencia, pero que urgen ser tratadas con la mirada comprensiva de la academia.

América de Cali o la hegemonía *valluna*³

América de Cali es la institución futbolera más antigua de Colombia: fue fundada en 1927, pero sus comienzos son para olvidar ya que tardó bastante en alcanzar una estrella en el torneo nacional; no obstante, desde aquel primer trofeo de campeón obtenido en 1979, su racha de títulos no tiene parangón en el balompié criollo: América, la ‘Mechita’ como la llaman sus seguidores, cosecha la nada despreciable cifra de doce títulos en sus vitrinas, cinco de ellos alcanzados en forma consecutiva (de 1982 a 1986) y fue finalista de tres Copas Libertadores en línea (ediciones de 1984, 85 y 86); hazaña solo lograda por el Boca Juniors de Argentina ¿Cuál es la razón de tales éxitos deportivos? Cualquier vallecaucano respondería sin pensarlo dos veces: el abundante dinero invertido por la familia Rodríguez Orejuela en el equipo. De hecho, la plantilla de jugadores del club escarlata era de las más costosas del continente al contar con luminarias del cono sur entre las que destacaron Juan Manuel Bataglia y Roberto Cabañas (Paraguay), Julio César Falcioni y Ricardo Gareca (Argentina) y la súper estrella de los colombianos: Willington Ortiz. El estelar elenco era dirigido por el director técnico más ganador de títulos en Colombia: el médico Gabriel Ochoa Uribe que, después de retirado de los bancos técnicos, aceptó conducir al equipo caleño, luego de una jugosa oferta económica hecha por el presidente del club, ‘Pepino’ Sangiovanni, en 1979. En fin: el remozado club de principios de los ochenta fue conformado para

³ La expresión “valluno” es una abreviatura del gentilicio ‘vallecaucano’ que alude a los nacidos en el departamento del Valle del Cauca, cuya capital es Santiago de Cali.

ganarlo todo y la verdad sea dicha, ese propósito se consiguió; el América de Cali es apenas superado por el capitalino club de Los Millonarios (que suma 13 títulos) y es una marca registrada en toda Suramérica (inclusive en la actualidad, en la que lucha por no descender a la segunda división de Colombia). Así mismo, es el equipo más destacado por Colombia –en número de puntos- del prestigioso torneo surcontinental y ha sido el único de nuestro país en figurar en el cuarto puesto del ranking mundial de la Federación Internacional de Historia y Estadística del Fútbol (IFFHS). Un mito urbano ilustra la bonanza deportiva y económica de “los diablos rojos”; se trata de aquel relato –muy popular en estratos bajos de Cali- que cuenta que Diego Armando Maradona alcanzó a vestirse de rojo, hasta que la negociación entre Boca Juniors y América se dañó porque el Barcelona español puso más dinero por la estrella argentina.

Pero esa historia dorada del equipo escarlata que tantos nuevos hinchas le granjeó, ya es cosa del pasado: actualmente el equipo se encuentra embargado por dos frentes; de un lado está la congelación de sus cuentas bancarias y la proscripción financiera por causa de la Lista Clinton que convierte a la razón social del club en algo menos que un occiso comercial ya que cualquier depósito en sus cuentas de ahorro en Colombia y el mundo queda automáticamente congelado por el departamento del tesoro estadounidense, por lo que el equipo debe ser manejado con finanzas de barrio: todos los movimientos monetarios deben hacerse en efectivo y a nombre de personas naturales lo que estimula el ilegal ejercicio del testaferrato⁴. El otro secuestro financiero del equipo del Valle del Cauca es por cuenta de la justicia ordinaria colombiana que ha prescrito que se practique extinción de dominio (expropiación policiva y administración estatal provisional) de empresas, compañías, medios de comunicación⁵, acciones bursátiles y de predios urbanos y rurales del conglomerado familiar presidido por Gilberto y Miguel Rodríguez Orejuela, capos del extinto Cartel de Cali, hoy en prisiones norteamericanas en virtud del tratado de extradición. Muchas de esas empresas y posesiones fueron declaradas como objeto de “lavado de activos” en lo que coloquialmente se denomina “lavanderías”, cuya razón de ser –dicho también en jerga popular- “es servir como empresas fachada para blanquear dinero”. Por tal razón, el club de fútbol ya no cuenta con los ingentes ingresos que le proporcionaba el consorcio empresarial de los hermanos Rodríguez Orejuela y buena parte de sus patrocinadores (hoy inexistentes ya que ninguna firma se arriesga a aparecer en la camiseta de un equipo paria) están administrados por el Estado colombiano por intermedio de la Dirección Nacional de Estupeficientes.

Una coincidencia que emparenta el *modus operandi* de la banda de narcotraficantes de Cali con la de Medellín es que varios presidentes del club rojo de Cali, al igual que algunos dirigentes de los equipos de Antioquia, resultaron encarcelados por sus evidentes nexos con el mundo de las drogas: al jerarca escarlata Pedro Chang le fue dictada medida de aseguramiento y fue recluido durante algún tiempo en el calabozo de la Fiscalía por el cargo de enriquecimiento ilícito a favor de terceros; mientras que Juan José Bellini, presidente del América y de la Federación Colombiana de Fútbol, estuvo tres años tras las rejas por causa del inusitado aumento patrimonial que registró en sus finanzas y por la relación de su nombre en la

⁴ Truco usado por los narcotraficantes que, para alejar las sospechas de la ley sobre sus negocios ilícitos, consiguen que sus bienes y sus transacciones queden en manos y sean realizadas por terceras personas.

⁵ El Grupo Radial Colombiano (GRC) pertenecía a la familia Rodríguez Orejuela..

contabilidad de los Rodríguez Orejuela. Otros presidentes del Club América y de la Fedefútbol que fueron investigados por sus presuntos nexos con “El Ajedrecista” son Oreste Sangiovanni, Carlos Puente y Álvaro Fina.

Un colofón para significar lo que fue el Cartel de Cali es la dedicatoria de triunfo que el delantero Anthony “el Pipa” de Ávila hizo en vivo y en directo por la televisión nacional a su “Patrón” recluso en la penitenciaría La Picota de la capital de la República. El afectuoso saludo fue difundido al país en franja *prime time* y ocurrió en un día de fiesta patria: el 20 de julio, que es la fecha en la que se rememora el grito de Independencia en Colombia. En dicho saludo se veía que el jadeante futbolista, que acababa de marcar el tanto que clasificó a la Selección Nacional al Mundial de “Francia 98”, ofrecía su importante gol al “Ajedrecista” Gilberto Rodríguez Orejuela, recién capturado por el Bloque de Búsqueda de la Policía Nacional. Otros compañeros de generación y de equipo de Anthony de Ávila no corrieron la misma suerte: el lateral Wilson Pérez fue arrestado, el 16 de octubre de 1995, en el aeropuerto Ernesto Cortizos de Barranquilla al intentar sacar 171 gramos de cocaína en su equipaje, Willington Ortiz fue incluido en la lista Clinton y por ello frustró su deseo de ser director técnico ya que por esa situación nadie lo contrata y Albeiro “El Palomo” Usurriaga fue asesinado en el 2004 –en un presunto ajuste de cuentas del paramilitarismo- en su barrio natal de Cali cuando jugaba dominó; un popular juego de mesa de los litorales colombianos.

Atlético Nacional y el predominio *paisa*

A su vez, la ciudad de la “eterna primavera” a la que Boogie “el aceitoso” no quiso venir por físico temor⁶, alberga al primer equipo en ganar un partido en el torneo de fútbol colombiano y al primero del país en alzarse con la codiciada Copa Libertadores de América; nos referimos al Atlético Municipal, hoy rebautizado como Club Atlético Nacional. El Nacional tiene cosidas ocho estrellas en su escudo y ha ganado, aparte de la Libertadores, cuatro campeonatos internacionales por lo que sus hinchas lo denominan “el rey de copas”. Sin embargo, algunas de sus victorias han estado empañadas por la sospecha nunca comprobada de influencia narcotraficante en los resultados finales. Una anécdota que resulta reveladora de tal aseveración es la que relata cómo el “verde de la montaña” tuvo que repetir, en la Copa Libertadores de 1989 (año en que fue campeón), un partido ante la acusación de soborno mafioso a árbitros internacionales y cómo la plaza antioqueña (en especial, el estadio Atanasio Girardot) fue vetada por jueces, equipos rivales y veedores internacionales ante las presuntas amenazas de muerte emitidas por Pablo Escobar y sus lugartenientes a todo aquel que se atravesara en el camino al triunfo de “los puros criollos”. Al final el club dirigido por Francisco Maturana tuvo que conformarse con jugar ‘exiliado’ en el estadio El Campín de Bogotá en donde levantaron el trofeo de clubes más importante de América.

Pero la “prueba reina” que enlaza al clan de *Medallo*⁷ con el mundo de los guayos es el libro escrito desde la cárcel por Roberto “El Oso” Escobar (2000), hermano mayor

⁶ Ver la simpática tira cómica del caricaturista Roberto Fontanarrosa en la que el célebre mercenario declina “un trabajo” luego de que le dicen dónde debe realizarlo: la ciudad de Medellín, Colombia.

⁷ Apócope de Medellín que tiene una variante perversa: “Metrallo”, que remite a la aguda violencia vivida en la ciudad durante el imperio de “Los Extraditables”.

de “El Patrón” y confeso narcotraficante que además es investigado por el asesinato del ministro de Justicia, Rodrigo Lara Bonilla. El mayor de los Escobar pagó un tiraje de 5.000 ejemplares en los que revela datos íntimos de su vida, de sus parientes y de sus amigos, socios y allegados involucrados en tráfico de estupefacientes. En esa obra Roberto Escobar cuenta como el Cartel de Medellín organizaba frecuentes partidos del fútbol contra jugadores profesionales de las plantillas de los tres equipos de Antioquia: el “Poderoso” Deportivo Independiente Medellín, el Atlético Nacional y el Envigado Fútbol Club.

Las infidencias relatadas por Roberto Escobar (ciclista retirado y ex- entrenador del team nacional) se corresponden con los escándalos de prensa suscitados por las frecuentes visitas de celebridades del balón como René Higuita y Leonel Álvarez a la ficticia prisión de Escobar. Así se sellaba el contubernio entre los “Jinetes de la cocaína” y “los dueños del balón” (Ramos, 1998: 140); matrimonio mal avenido que inició cuando el jefe del cartel de Medellín construyó y techó varias canchas de fútbol del Valle del Aburrá (zona metropolitana de Medellín), cuando auspició con fraudulenta generosidad a muchos equipos de fútbol locales y cuando patrocinó la presencia de un equipo nacional de ciclismo –el otro deporte nacional- en la principal prueba por etapas del mundo: el Tour de France (Castillo, *Op. cit.* p. 162).

Sin embargo, el clímax de la influencia del negocio de narcóticos en el deporte colombiano se palpó en 1988 cuando el juez Armando Pérez fue secuestrado y apareció, al cabo de 20 horas, con un mensaje de sus captores que advertían que “si los árbitros mantenían una conducta parcializada, algunos de ellos podrían ser ‘borrados’” (Ruiz & Ruiz Jr., 1999: 96). El torneo nacional de todas formas se suspendió a raíz del asesinato del árbitro Álvaro Ortega en Medellín luego de un derby entre el equipo de los amores del Cartel de Cali: el América, versus el preferido por la organización de Escobar: el Nacional. El partido terminó en tablas por lo que, según el Diario El Colombiano (16/11/1989), “fue desempatado a tiros”. El otro hecho, en el que vuelven a aparecer drogas y fútbol, que sacudió a la opinión pública mundial ocurrió el 2 de julio de 1994: el asesinato de Andrés Escobar, defensa de la selección Colombia, que fue ultimado a balazos a la salida de una discoteca, por un dolido escolta vinculado con apostadores y narcotraficantes, que le cobró al futbolista el autogol de la Copa Mundo de Usa 94.

Otros futbolistas que repitieron el sino trágico fueron Omar “El Torito” Cañas quien en 1993 fue asesinado por pistoleros del narcotráfico (Briceño, 98: 40) y Felipe ‘Pipe’ Pérez que fue abatido en septiembre de 1996, después de salir de prisión y soportar acusaciones que le señalaban como perteneciente a la banda mafiosa de Escobar (Ramos, *Op. cit.*, p. 148). De igual manera, desde 1980, cerca de diez dirigentes de los tres clubes profesionales de la región paisa terminaron sus existencias por culpa de sus vínculos con el tráfico de sustancias alucinógenas, siendo el caso más dramático el del Envigado Fútbol Club que pasó de ser algo así como “la caja menor de Escobar” a la temible “Oficina de cobros de Envigado” que está al servicio, hoy día, de paramilitares como alias “Macaco” (Carlos Mario Jiménez). Algunos directivos del fútbol antioqueño que llenaron los obituarios funerarios son: Pablo Correa Ramos, directivo del DIM; Octavio Piedrahíta, ex propietario de Nacional y el Deportivo Pereira; Carlos Arturo Mejía Gómez, del Comité Organizador del Suramericano Juvenil en Pereira (+ en 1986); Arquímedes Victoria, secretario de la Liga Metropolitana de

Fútbol (1988); Germán Mejía Arango, dirigente de Manizales (1990); Gustavo Upegui y Octavio Velásquez, presidente y ex gerente –respectivamente- del Envigado Fútbol Club (2006). Para colmo de males digamos que en medio de esa tanda de muertes criminales el estelar arquero René Higuita fue a parar a la cárcel, en 1993, por mediar en la negociación de un secuestro con narcotraficantes y el mediocampista de El Nacional y la Selección, Diego Osorio, experimentó una situación similar al ser detenido, en 2003, al intentar ingresar unos gramos de coca en EE.UU.

Pitazo final, pero el partido aun no acaba

No parece haber dudas de que el narcotráfico posó sus nefastas garras en la nación colombiana dejando muy pocos claros para escabullirse de su hediondez; tampoco nadie hoy día es tan ingenuo de pensar que nuestro fútbol permaneció incólume frente a las tulas atestadas de dólares que se pasearon por los campos de entrenamiento, los camerinos, los salones de reunión de directivos y las mismísimas salas de redacción de los medios de comunicación. La droga y su estela maldita se enseñorearon de nuestro país y lograron algo que parecía imposible: subordinaron a la orgullosa clase política que –hasta entonces- sustentaba su poder en la falacia de la opulencia y pusieron de rodillas al establecimiento; cuestión que no habría inquietado a nuestros vecinos del norte del río Bravo sino fuera porque centenas de contenedores (de la más diversa forma) desembarcan en sus predios, inundando de hedonismo a la insaciable juventud que troca billetes de a dólar por miligramos de placer sintético. Claro, el problema es que ese negocio –en la perspectiva de EE.UU.- no paga impuestos y que sus generosas ganancias no se quedan en suelo estadounidense ¡He ahí un problema de elemental comprensión económica!

Pero más allá de seguir esgrimiendo argumentos en contra del narcotráfico (que no se acabará mientras haya la descomunal demanda); más allá de exigir la inmediata despenalización de la libre circulación de las drogas (lo que derrumbaría el imperio de las mafias alrededor suyo) y trascendiendo la queja lastimera que tanto nos ha caracterizado (los últimos cinco presidentes colombianos solo supieron pedir, con ojos aguados, helicópteros y dólares para mitigar el peso de nuestros muertos por violencia narcotraficante), conviene que todos reflexionemos sobre lo que ha significado el fenómeno narco en Colombia y cómo transformó nuestra sociedad (e incluso nuestra cultura). Pues bien, ese ejercicio analítico es tarea ardua y de largo aliento, por lo que resumo el deber citando una metáfora que lo denota: “la cultura del atajo”, detectada por el sociólogo Álvaro Camacho Guizado (1988), que se valió de la mirada profunda del etnógrafo para descubrirla y acudió a la creatividad del ladino para acuñarla bajo esa expresión verbal.

La cultura “del camino más fácil” se sintetiza de forma óptima en el argot popular que la llama “el traquetismo” o “la cultura del traqueto” ¿Quién es el traqueto? La verdad no es difícil describirlo cuando se ha vivido en Colombia y, más aun, cuando se han conocido ampulosos ambientes como el del fútbol profesional colombiano. Un traqueto es un jugador que recibe un soborno para perder o un profesor que acepta un

ingreso extra para promover un estudiante que no lo merece o una mujer ‘pre pago’⁸ que vende su cuerpo para comprarse un mejor modelo de teléfono celular. Pero traqueto es también quien ofrece el estímulo; traqueto es el que supedita su felicidad al valor del dinero y lo que se puede conseguir con él. Traqueto es el que aprecia su poder en ceros a la derecha; traqueto es el que vive en el reino de la suposición, la engañifa, la falacia y la apariencia. Traqueto es el que vive “drogado” de la realidad: traqueto es el narcotraficante directo y el que disfruta su entorno.

¿Será la sociedad colombiana, una sociedad traqueta? Si y No. Si, cuando se observa que los grupos alzados en armas (de extrema derecha como los paramilitares e izquierda como las guerrillas marxistas y guevaristas) subsidian buena parte de sus acciones con los generosos réditos de la droga y la extorsión: están obrando con la ley del menor esfuerzo expresado en la explotación del placer y el dolor ajeno. De contera, pese a lo atroz del conflicto, del presidente para abajo todos niegan la guerra civil y luego aparecen en encuestas mundiales como el segundo país más feliz del mundo⁹ ¿No es eso simulación? ¿No es eso un remedo del escapismo artificioso del esnobista? ¿O será que eso es simple olvido? Entonces ¿Será el olvido una estrategia terapéutica ante tanto dolor?... Probablemente, pero volvamos a lo nuestro: No se es traqueto cuando se asume la mano como llega; cuando se acepta que nuestra patria tiene cerca de dos millones de desplazados y cerca de cuarenta mil refugiados. No se es traqueto cuando se reconoce que políticos y paramilitares edificaron su imperio con el terror ciudadano; No se es traqueto cuando se admite que la dirigencia nacional de los últimos treinta años se ha alimentado con las ilegítimas ganancias del narcotráfico.

Aceptar la cruda realidad, sin eufemismos ni disimulos (y sin amnesia provocada) es la mejor forma de negar el traquetismo. Claro que todavía restará la fase más importante; la de la acción de cambio, de mejora, de transformación, de movilización... ¿Y el fútbol? Ah... ¡el fútbol! El fútbol siempre ha sido una ilusión, una ensoñación, un sub- mundo. El fútbol, sobre todo el de Colombia (pero no se descarta que pase en todas partes), contiene rasgos *sui generis* que lo hacen único en su capacidad para mitificar, por lo que sus efectos, “narcóticos” si se prefiere, afectan a la sociedad tanto como pueda resistirlo, que es lo mismo que afirmar que afecta a la sociedad tanto como dure el comienzo del siguiente partido o como tarde el arranque del siguiente campeonato: el fútbol es el reino de la esperanza posible (siempre se puede ganarle al mejor equipo; así sea “un día de estos”) por lo que hacerle un juicio al fútbol es tan inoficioso como castrar un alacrán.

Claro que si se persiste en la idea de hacerle un juicio político al fútbol, amparado en la máxima esgrimida por los sindicatos europeos de la década del setenta y reproducida por los intelectuales de izquierda de América Latina, que –parafraseando a Marx- reza “el fútbol es el opio del pueblo”¹⁰ (Oliven y Damo, 2001); tendríamos que mencionar tres episodios de poderoso simbolismo en la historia colombiana: el primero es la abrupta creación del torneo profesional de fútbol colombiano que fue estrenado a las volandas en 1948; dos meses después del asesinato del líder popular Jorge Eliécer

⁸ Expresión coloquial para designar a las mujeres que intercambian sexo por bienes en especie; sean estos elementos tecnológicos, ropa de finas marcas o una vida de elegancia y glamour.

⁹ Alusión a encuesta en la que Colombia aparece en el segundo lugar del escalafón mundial de felicidad.

¹⁰ La sentencia original, escrita por Kart Marx en su “Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel” (1844), dice “La religión es el opio de los pueblos”.

Gaitán cuya muerte recrudesció la lucha bipartidista en Colombia conocida como “La Violencia”. El segundo y tercer hecho van de la mano: son las órdenes perentorias de los gobiernos de turno y de los directivos de medios de comunicación para transmitir en los canales de televisión pública partidos de fútbol y la sospechosa difusión noticiosa de los mismos en la radio y la prensa, que disimularon y ocultaron dos tragedias nacionales: la toma del Palacio de Justicia por parte de la guerrilla del M-19 (en 1985) y la muerte de Luis Carlos Galán (en agosto de 1989)¹¹; ello como evidente estrategia para exorcizar la protesta popular ante sendos magnicidios.

¿Qué se puede pensar de una patria que refunde su tragedia política en la impostada fiesta del gol? Responder tamaño interrogante es atrevido y aventurado; no obstante se puede acudir a la lúcida labia de Francisco Maturana quien en uno de los raptos filosóficos que lo han hecho célebre, sentenció: “se juega como se es”; en esa perspectiva sociológica habría que concluir que nuestra nación es más ilusoria de lo que parece ya que reposa su proyecto de unidad en una ilusión mayor; ya que descansa su idea de nación en prácticas alteradas y desnaturalizadas como la del fútbol y la política alimentados con gasolina narcotraficante ¿Será que es cierta aquella máxima garciamarquiana que dice que en Colombia la realidad supera la ficción? ¿Será que el “realismo mágico” de Macondo se extiende a todos los ámbitos de la geografía nacional?... ¿Será que ese argumento es otra excusa escapista, amnésica y traqueta?

Finalizamos recordando que Roberto Da Matta y Eduardo Archetti dibujaron al Brasil y a la Argentina a partir del estilo de juego de sus selecciones de fútbol; la nación de la samba se puede resumir en las cualidades de Pelé y la de los gauchos en las picardías de Maradona; así mismo, Colombia se hará a conocer en todo el orbe ya no por el gángster y el Nóbel (Broderick, 2005: 7), sino por el *tensionadito bacano* del ‘loco’ René Higuita que con esa frase resumía su ansiedad de lucha ante la divertida adversidad del medio. Esa es la mejor radiografía del colombiano: la del ser que se permite ilusionarse sabiendo que tiene pocas posibilidades de éxito y que desconoce si realmente le interesa ganar; la del sujeto para el que –como también dijera Maturana– *perder es ganar un poco*.

Citas y referencias bibliográficas

RODRÍGUEZ, Fernando & SÁNCHEZ, Antonio Jr. (2007) *El hijo del ajedrecista*. Bogotá: Editorial Oveja Negra y Quintero Editores.

RODRÍGUEZ, Juan Ignacio (1989) *Los amos del juego*. Bogotá: Periódicos y Revistas.

CASTILLO, Fabio (1987) *Los jinetes de la cocaína*. Bogotá: Editorial Documentos Periodísticos.

ESCOBAR, Roberto (2000) *Mi Hermano Pablo*. Medellín: Quintero Editores.

¹¹ El presidente Betancur ordenó que se televisara el juego entre Millonarios y el Unión Magdalena la noche del 6 de noviembre de 1985; así mismo, es reveladora la intensidad con la que la programadora Caracol Televisión promocionó el partido de eliminatoria mundialista entre Colombia y Ecuador en detrimento del cubrimiento noticioso al funeral del asesinado Luis Carlos Galán Sarmiento.

RAMOS VALENCIA, José Cipriano (1998). Colombia versus Colombia: *50 años de fútbol profesional y violencia política*. Bogotá: intermedio Editores.

Diario El Colombiano (1989). “Mataron al juez Álvaro Ortega”. *Diario El Colombiano*, 16 de noviembre, 1- 14.

BRICEÑO, Gabriel (1998) “La increíble historia de los dirigentes y sus chequeras desalmadas, II Parte” *Deporte Gráfico* No. 1082 (Diciembre), p. 39.

LEAL Buitrago, Francisco (2006) *La inseguridad de la seguridad, Colombia 1958-2005*, Bogotá: Planeta.

PÉCAUT, Daniel (2001) *Colombia: violencia y democracia*. Bogotá: Planeta.

ARCHETTI, Eduardo (2003). *Masculinidades. Fútbol, tango y polo en la Argentina*. Buenos Aires: Antropofagia.

DA MATTA, Roberto (comp) (1982) *O universo do futebol: esporte e sociedade brasileira*. Río de Janeiro: Pinakotheke.

BRODERICK, Walter (2005) *Camilo: el cura guerrillero*. Bogotá: Intermedio Editores.

OLIVEN, Rubén G. y DAMO, Arlei S (2001) *Fútbol y cultura*. Bogotá: Norma.